

PENÍNSULA

LA GUERRA POR LA ENERGÍA

ALBERTO GARZÓN

Un libro que une lo que la ciencia
advierte, la historia confirma y la
política evita asumir: que ningún
progreso puede ignorar los
límites del planeta

A LA VENTA EL 28 DE ENERO

**Autor disponible para entrevistas*

MATERIAL EMBARGADO HASTA PUBLICACIÓN



PARA AMPLIAR INFORMACIÓN, CONTACTAR CON:

Laura Fabregat | Responsable de Comunicación Área de Ensayo
682 69 63 61 | lfabregat@planeta.es

Poder, imperios y crisis económica

Vivimos rodeados de energía, aunque pocas veces pensamos en lo que cuesta producirla. Detrás de cada alimento, de cada luz encendida o de cada viaje en coche hay una compleja maquinaria impulsada por petróleo, gas o carbón. Hoy, obtener una sola kilocaloría de cordero puede requerir hasta cincuenta y siete de combustible fósil: una paradoja que anuncia el final de un modelo a medida que las reservas se agotan.

En *La guerra por la energía*, el exministro Alberto Garzón recorre la historia de la humanidad desde los cazadores-recolectores de la prehistoria hasta el capitalismo del siglo XXI, pasando por el colonialismo, la Revolución Industrial o las actuales disputas en torno al litio y las tierras raras, para mostrar cómo la lucha por controlar las fuentes de energía ha dado forma a nuestras sociedades, impulsado y derribado imperios y define el mapa geopolítico actual.

EL AUTOR



ALBERTO GARZÓN (Logroño, 1985) fue ministro de Consumo y coordinador federal de Izquierda Unida hasta 2023. Se licenció en Economía por la Universidad de Málaga y obtuvo un máster en Economía Internacional y Desarrollo por la Universidad Complutense de Madrid. En 2015, se presentó como candidato a la presidencia del Gobierno por Izquierda Unida, y actualmente es investigador en el Instituto de Ciencia y Tecnología Ambiental de la Universidad Autónoma de Barcelona.

Es autor de *Esto tiene arreglo* (2012), *La gran estafa* (2013), *La Tercera República* (2014), *A pie de escañó* (2015), *Por qué soy comunista* (2017), *¿Quién vota a la derecha?* (2019) y escribe habitualmente en prensa nacional y en revistas internacionales como *Monthly Review*.

X: @agarzon

Instagram: @agarzoniu

ALGUNOS EXTRACTOS DE LA OBRA

«Creo que todas las sociedades, tanto las más simples como las más complejas, están ineludiblemente sometidas a límites biofísicos. No es necesario aceptar el determinismo de quienes creían que había algo así como una línea inevitable de progreso para comprender que **existen límites materiales, y en particular energéticos, a la hora de construir sociedades**».

«Lo que podemos esperar es que, según avance el agotamiento de los combustibles fósiles, los precios del carbón, el petróleo y el gas natural se incrementen y eso provoque, a su vez, una **elevación de los precios de los alimentos**. Esto tiene implicaciones sociopolíticas de enorme alcance que abordaré en este libro. Sin embargo, ese no es el único inconveniente de estas tecnologías dependientes del petróleo, y ni siquiera es el más urgente».

«En última instancia, lo que enfrentamos es una **crisis del metabolismo entre humanidad y naturaleza**, provocada por un modelo económico que ha roto los equilibrios que durante milenios sostuvieron la vida en el planeta. Nuestro modo de vida industrial y fósil ha desencadenado un cambio de escala en la relación entre sociedad y biosfera».

«Es importante insistir en que la existencia de fuentes limitadas de las cuales se extraen recursos esenciales, como los combustibles fósiles o los llamados minerales críticos, implica que **hay límites absolutos que no pueden ser transgredidos a nivel global**. Cada sociedad dispone de un presupuesto energético que delimita el perímetro de lo posible en cada momento. No obstante, estos límites pueden **ensancharse a nivel local a través de la expansión y colonización de nuevos territorios y fuentes de recursos**, lo que habitualmente implica tensiones geopolíticas e incluso la guerra entre sociedades y países. Precisamente por eso, el colonialismo, la esclavitud y el imperialismo, tanto en sus formas modernas como contemporáneas, tienen un papel central en este libro».

Cerrar la caja de Pandora

«Hoy, los límites están en gran medida transgredidos, como manifiesta el cambio climático, y eso nos sitúa ante una encrucijada histórica. Como consecuencia, tenemos la **necesidad de construir una nueva sociedad con una base energética renovable**. Ese reto nos obliga a mirar hacia el pasado, pues lo que estamos pretendiendo hoy en día es, en esencia, **revertir el proceso de transición energética iniciado con la Revolución Industrial**, cuando el descubrimiento y el uso generalizado de combustibles fósiles transformaron radicalmente la forma en que se organizaban las sociedades».

«Durante la Revolución Industrial se produjo un cambio de base energética radical y profundo: se abandonaron progresivamente las energías renovables tradicionales, como la madera, en favor de los combustibles fósiles. Este no fue un cambio técnico menor, sino que supuso una transformación estructural. El historiador E. A. Wrigley lo comparó con la apertura de la caja de Pandora, ya que al acceder a estos recursos de forma masiva **se abrió la posibilidad de elevar enormemente los estándares de vida materiales de la población, pero a un coste ecológico brutal**, cuyos efectos adversos aún no se han manifestado en su totalidad y que, en realidad, amenazan la sostenibilidad de la vida en el planeta».

Imperialismo y naturaleza barata

«Entre los siglos XVI y XIX, las potencias europeas pensaban que los recursos que necesitaban sus imperios para acumular poder y riqueza eran finitos. Estaba muy asentada la idea de escasez absoluta, lo que significaba que la prosperidad solo podía lograrse a expensas de otros. **La economía vista así no era una esfera de cooperación, sino un campo de batalla**. Si los recursos productivos eran limitados y decrecientes en su rendimiento —como el caso de la tierra—, **la única manera de asegurar el crecimiento económico y la expansión del poder nacional era capturando recursos ajenos**. Las implicaciones de esta cosmovisión se tradujeron en infinidad de conflictos interimperiales que los gobernantes interpretaban como necesarios para la prosperidad de sus naciones. Las **guerras imperialistas** nacían en gran parte de esta pulsión expansionista, alimentada por la búsqueda de oro y plata, tierras fértiles que cultivar, densos bosques que talar, trabajo barato que explotar, especias que comerciar,

combustibles que acumular... **Los historiadores económicos han etiquetado esta época como mercantilismo**, subrayando que sus defensores tenían una visión del comercio internacional como un juego de suma cero».

«La Revolución Industrial fue posible gracias a la combinación de la transición energética hacia los combustibles fósiles, y de la apropiación de recursos naturales y mano de obra barata a través del sistema colonial [...]». La nueva disponibilidad de suelo y recursos hecha posible por el sistema colonial permitió “vivir por encima de las posibilidades”».

«Aunque las formas de explotación y apropiación han mutado, y hoy apenas existe esclavitud en el sentido antiguo de la palabra, lo cierto es que **la lógica subyacente sigue siendo la misma**. El hecho de que la población de los países desarrollados pueda vestirse de manera barata, incluso pagando un par de euros por un conjunto entero, o disponer de un smartphone barato de última generación, depende fundamentalmente tanto de la explotación laboral como de la apropiación de la naturaleza —y su contaminación creciente— en otras partes del mundo».

La guerra por la hegemonía

«Actualmente hay analistas que consideran que la relación entre **Estados Unidos y China** puede caracterizarse mejor como **una nueva “Guerra Fría”**, aunque con la particularidad de que ambos países compiten y cooperan al mismo tiempo. De hecho, el vertiginoso crecimiento de la economía china no puede entenderse sin la estrategia empresarial de las grandes multinacionales estadounidenses».

«En realidad, el ascenso de China puede interpretarse como una **consecuencia no intencionada de la propia estrategia geopolítica estadounidense** tras la Segunda Guerra Mundial».

«La era del libre comercio y de las instituciones globales ha dado paso a un proteccionismo nacionalista, sostenido por sanciones y chantajes bilaterales. Lo que antes se llamaba multilateralismo hoy se reduce a la imposición de Washington sobre aliados cada vez más humillados. La hegemonía liberal se ha transformado en hegemonía

coercitiva. Esta reacción puede entenderse, en el contexto de crisis ecosocial, como **un intento de preservar el acceso privilegiado a los recursos** estratégicos que históricamente le han permitido sostener su hegemonía».

«La nueva reacción antiglobalización ha cobrado impulso desde 2008, cuando el derrumbe financiero global marcó el inicio de un ciclo de desglobalización relativa y el retorno de estrategias neomercantilistas. **Los Estados, conscientes de que el libre mercado ya no garantiza estabilidad ni acceso seguro a los minerales críticos para la transición energética —litio, cobalto, cobre, tierras raras—, recurren de nuevo al control estatal de sectores estratégicos, al rearme industrial y al proteccionismo tecnológico y comercial.** Estados Unidos lidera este giro con políticas que vuelven a utilizar el comercio como arma política. China, por su parte, responde con su propio mercantilismo planificado, asegurándose el acceso a recursos naturales en África, América Latina y Asia Central mediante inversiones, infraestructuras y acuerdos bilaterales. De este modo, **el péndulo histórico vuelve: las fases de liberalismo y mercantilismo no son opuestas, sino momentos alternos de un mismo proceso expansivo que se ajusta a los límites de cada época.**».

Donald Trump no es ningún loco

«El neomercantilismo reaccionario encarnado por Donald Trump (y emulado por derechas radicales en Europa y otros lugares del planeta) ofrece un diagnóstico parcialmente “realista” —reconoce la escasez y compite abiertamente por recursos y rentas estratégicas—, pero lo hace desde **un proyecto excluyente**. Su propuesta es la de la privatización de los excedentes de energía y materiales, blindaje de fronteras, jerarquías étnicas y de clase, y una seguridad entendida como militarización interior y exterior. **Es la política de un mundo lleno, sí, pero colonizado por privilegios que buscan asegurarse continuidad a costa de mayor fragmentación y violencia.** Eso es, en realidad, lo que ya está pasando desde hace décadas con un mundo donde el libre movimiento vale para el capital, pero no para los seres humanos».

«En este sentido, el proyecto de Trump de **“comprar” Groenlandia no es un capricho absurdo**, sino una señal precoz de este nuevo horizonte: el Ártico, con su deshielo

acelerado y sus reservas minerales, se ha convertido en un nuevo campo de disputa geoestratégica».

«Debemos considerar que el presidente estadounidense no es un ser irracional, ni mucho menos un tipo enloquecido que ha perdido su brújula, como lo dibujan muchas veces los analistas progresistas y conservadores en Europa. **Trump tiene un plan para su país que aúna una agudización del imperialismo y una guerra comercial contra el mundo.** Pero esta estrategia no es solo económica, sino ideológica: se construye sobre una narrativa de **darwinismo social**, en la que solo los países fuertes, tecnológicamente avanzados y militarmente protegidos podrán garantizar la seguridad de sus poblaciones. La idea de que no hay suficiente para todos se convierte en justificación para un mundo organizado como una gran zona de exclusión».

Las derechas tienen un plan

«En realidad, las derechas tienen una idea bastante precisa de lo que está ocurriendo con el planeta y de cuáles son las dislocaciones del orden social que está ya produciendo la crisis ecosocial. **Las derechas pueden ser retrógradas e incluso iliberales, pero no son estúpidas.** Saben, por ejemplo, que la tendencia del calentamiento global hará que numerosas zonas del planeta sean inhabitables. También saben que para mantener el nivel de consumo asociado al estilo de vida occidental es un requisito mantener continuos flujos de entrada de recursos naturales que se encuentran en otros países, muchos en Oriente Medio y África. En consecuencia, **saben que las guerras y la pobreza seguirán enviando seres humanos desesperados a las puertas de los países ricos**».

«El propio magnate **Elon Musk**, apoyo fundamental de Trump en las elecciones de 2024, dijo que sus proyectos tecnológicos para trasladar seres humanos a otros planetas tienen que ver con la aspiración de salvar a la humanidad, asumiendo un escenario catastrófico para el planeta Tierra. Lo que probablemente no se atreve a decir es que, **dentro de su propia narrativa distópica, los que se salvarán serán unos pocos, probablemente todos millonarios y blancos.** Y es aquí donde está la verdadera esencia del proyecto Trump-Musk: su marcado darwinismo social. **Trump y Musk no quieren luchar contra el cambio climático debido a su desconfianza en la ciencia.** Eso es irrelevante. Lo que no quieren es que se detraigan recursos que ellos creen que deben destinarse a proyectos

que tienen como objetivo “**salvar**” a una parte de la humanidad; su parte».

«La gran transición que necesitamos no puede ser un giro moral ni cultural desligado de las condiciones materiales. Debe ser una **transformación radical de las relaciones de poder que organizan el reparto de la energía, del territorio y del tiempo**. Se trata, en última instancia, de decidir si vamos a organizarnos para garantizar la vida o para blindar los privilegios. Porque, **si no nos enfrentamos colectivamente a esta lógica de país fortaleza, lo que nos espera no es un futuro colapsado, sino uno cuidadosamente gestionado por la barbarie**».

Escenarios de futuro

«La posición que mantengo aquí es que los países desarrollados están ya en vías de construir una suerte de país fortaleza, con el objetivo de “privatizar” la adquisición y consumo de la mayor parte posible de los recursos escasos. En el fondo, es una especie de continuidad sobre la dinámica previa, solo que hecha a la luz del día y con un cambio de narrativa justificadora. **Ya no se plantea en términos del progreso humano o del crecimiento económico, sino sobre la “seguridad”, entendida esta exclusivamente en clave militar**.

En el año 1997, un conjunto de científicos identificó diferentes escenarios futuros para nuestra sociedad global. Describieron **tres posibles clases de escenarios**: el mundo convencional, donde se mantenían los **patrones actuales**; el mundo de la barbarie, donde se producía un **poderoso pero indeseable cambio social**; y la gran transición, donde tenía lugar un **importante cambio de las bases económicas y sociales, preservando los valores democráticos**. El espíritu de este libro se encuentra en el deseo de que nos ubiquemos en la tercera clase de escenario. Intento aportar tantos argumentos como sean posibles para empujar en esa dirección. Pero no soy ingenuo, pues **de momento todo apunta a que nos dirigimos hacia un escenario de barbarie**. Y los últimos acontecimientos de política internacional, que han emergido durante la redacción de este libro, parecen confirmar este pesimismo».

«La disputa por los recursos naturales críticos va a dar forma cada vez de manera más evidente a la geopolítica, las relaciones internacionales y a la vida cotidiana en todo el mundo. **Las pasiones y los miedos de la población se están conformando con este**

telón de fondo, por lo que es importante comprenderlo bien.

En cualquier caso, no quisiera con este libro crear desánimo alguno. Precisamente haciendo virtud del manoseado planteamiento de Antonio Gramsci, **todo parte de un “pesimismo de la razón”, pero sigue con el “optimismo de la voluntad”**. No creo que el sendero descrito en los párrafos anteriores sea inevitable. Al contrario, considero que la mayoría de la población no quiere transitar esa ruta (eco)fascista y, en consecuencia, tenemos que debatir —urgentemente— sobre las opciones que tenemos por delante».

La alternativa ecosocialista

«Los períodos de mercantilización radical provocan un **doble movimiento de autoprotección social**. Hoy ese movimiento se bifurca: una rama reaccionaria que ofrece protección con nacionalismo identitario y mano dura; y una rama igualitaria que puede articularse desde la izquierda ecosocialista.

El giro ecosocialista que propongo reorienta producción, consumo e inversión según necesidades reales y criterios democráticos, no por la ley capitalista de maximización del beneficio. No basta con cambiar la titularidad de activos estratégicos o reinstalar rutinas de planificación, sino que se trata de rediseñar el metabolismo social para vivir bien dentro de los límites del sistema Tierra.

Para que los límites sean socialmente sostenibles, deben acompañarse de una **Garantía de Servicios Básicos que asegure, por derecho y no por renta, energía suficiente, vivienda adecuada, movilidad esencial, alimentación saludable, cuidados y conectividad**. Esta garantía desmercantiliza lo imprescindible. En un mundo lleno, la seguridad material no puede depender de ciclos financieros volátiles, que atrapan a millones de familias, sino que debe estar respaldada por instituciones que priorizan la reproducción social sobre la expansión mercantil.

Ese enfoque se completa con una política del tiempo que implica una **reducción de la jornada laboral —con mantenimiento de salarios reales—** que reorganice la carga de trabajo entre producción mercantil y reproducción social. Ganar horas para cuidados, vida comunitaria, formación y participación democrática no es un lujo, sino un mecanismo de suficiencia. La salud, el bienestar y la igualdad de género mejoran cuando el tiempo deja de ser un recurso escaso capturado por el mercado, y esa mejora retroalimenta la **resiliencia colectiva frente a shocks climáticos o económicos**. El

reparto del tiempo, en suma, es política energética por otros medios».

Un nuevo orden

«**No se trata de producir menos por sistema, sino de producir distinto.** Este reorden solo es viable si conquistamos soberanía energética y de materiales. Redes eléctricas, almacenamiento, datos y logística deben estar bajo propiedad pública y control democrático para orientar inversiones a objetivos de interés general, gestionar la demanda con inteligencia y evitar cuellos de botella especulativos. La seguridad es reducir dependencia material mediante menos demanda, mejor diseño y gobernanza compartida de lo imprescindible».

«Para financiar y orquestar este conjunto, hace falta una planificación financiera explícita. **Una banca pública de inversión debe dirigir el crédito barato hacia el aislamiento térmico, transporte colectivo, agroecología, digitalización al servicio de la eficiencia material y economía de la reparación, mientras encarece y restringe proyectos intensivos en recursos y deuda que bloquean el futuro.** La política industrial se alinea con la política de demanda —estándares, etiquetado, compras públicas—, de manera que la estructura productiva responda a metas biofísicas y sociales antes que a retornos privados de corto plazo».

«En el plano internacional, la coherencia exige **reconocer deudas ecológicas e históricas** y articular un trato justo que permita al Sur global construir bienestar sin repetir el camino fósil».

«El objetivo, en última instancia, es **construir sociedades donde el ocio y el disfrute sean la norma sobre el trabajo duro.** En este sentido, una vez que la despojamos de su inconsistente determinismo tecnológico —y ceguera ecológica—, debemos concluir que la utopía socialista sigue teniendo toda la validez».

En conclusión

«La alternativa entre neomercantilismo reaccionario y ecosocialismo democrático se decidirá políticamente y versará sobre todo acerca de los flujos materiales y de energía.

Reconocer que el comercio opera bajo límites planetarios no obliga a la guerra de todos contra todos, pero sí a disponer de instituciones que repartan y contengan. El freno de emergencia que propongo no es detener la vida, sino frenar la expansión material que devora el sustrato de la vida buena y reorientar nuestra potencia técnica hacia el bienestar colectivo, la igualdad y la resiliencia. **La ciencia nos ha mostrado los límites; la historia, las consecuencias de ignorarlos; la política, por fin, debe ofrecer el rumbo.** Aquí, ahora, en este planeta finito, se juega la posibilidad de una libertad materialmente sustentable. Al fin y al cabo, una libertad republicana».



PARA AMPLIAR INFORMACIÓN, CONTACTAR CON:

Laura Fabregat | Responsable de Comunicación Área de Ensayo
682 69 63 61 | lfabregat@planeta.es